CUBILLO, BUSCADOR DE GANADO – JOSÉ DE LA CUADRA

CUENTO DE AVENTURAS

Alonso Martínez conoció a Cubillo en una de las Galápagos. O sea, ya en la etapa más triste de su vida, cuando las circunstancias incontrastables impedían al personaje montubio practicar su cómoda profesión de buscador de ganado.

Este Martínez era él mismo un sujeto pintoresco. Afirmaba ser oriundo de Santo Domingo, en las Antillas; lo cual no tiene nada de particular. Pero Martínez hallaba en lo de su nacionalidad un motivo para singularizarse; pues decía ---y hasta puede que fuese verdad--- que él y un chofer de taxi eran los dos únicos dominicanos que había a lo largo de las costas del Ecuador.

Como el de todo marinero desembarcado, el centro de operaciones de Martínez en Guayaquil era el barrio de la Tahona, ese caracteristico rincón de la ciudad, tan estrictamente porteño que la piqueta municipal va poco a poco desbaratando. En cualquier cantina o chichería de las innumerables establecidas en la planta baja de las siniestras casas coloniales del barrio, Martínez encontraba auditorio complaciente, formado por marineros retirados o en descanso, quienes, además de escuchar sus fabulosos relatos del mar, le pagaban el consumo abundoso. Porque el isleño no era parco en el comer ni sobrio en el beber, sobre todo cuando, según su expresión, navegaba en buque grande, sobre todo cuando, según su expresión, navegaba en buque grande, es decir, cuando había alguién que abonara la adición sin discutirla.

Además de sus artes de narrador, Martínez poseía otra, que lo hacía respetable entre sus colegas: hablaba o pretendía que hablaba el papiamento, esa enrevesada mezcla idiomática del Caribe. Cuando lanzaba una frase en el ---según Martínez--- más puro estilo de Curaçao, sus oyentes, que apenas mascaban un canalla inglés de cala de barco, se quedaban epatados.

Este Martínez fue quién trajo las últimas noticias que se han tenido acerca de Pedro Cubillo, buscador de ganado. Martínez lo vio en la bahía de la Rosa Blanca, en la banda oriental de la isla de San Cristóbal.

A pesar de su época designación cartográfica, esta bahía es más conocida entre los marinos como el Puerto del Hambre; y este apodo evita el describirla.

Playa arriba, al borde la arena muerta, Cubillo había construído su vivienda: una covacha elemental, donde apenas conseguía abrigarse de los vientos que soplan del mar, como un azote tenaz sobre la costa desolada.

Se alimentaba de mariscos, que asaba o cocía, encendiendo fuego al modo primitivo, frotando maderos secos. El agua dulce, en verdad, salobre, tenía

que traerla cada semana desde lejanos manantiales de isla adentro, y la reservaba en conchas de tortuga.

Andaba casi desnudo. El cabello le había crecido largamente, y le caía como un manto a la espalda; la barba le bajaba al pecho; las uñas de los pies, enormes y encorvadas sobre los dedos, lo habrían caracterizado absurdamente como un digitígrado, pues lo forzaban a caminar levantando los talones.

De retratarlo así, su fotografía hubiera servido para ilustrar una edición popular del clásico Robinson.

Y estaba solo. Absolutamente solo. Como únicamente los dioses pueden estarlo.

Pedro Cubillo era originario de la Boca de Yaguachi, región montubia cuya antigua fama trascendió el agro y se remonta hasta los días coloniales. No es, por desgracia, una fama honorable, sino muy por lo contrario.

Los piratas fluviales, felizmente hoy extinguidos, quienes atacaban a las embarcaciones que conducían los víveres serranos desde Bodegas a Guayaquil, tuvieron ahí sus curvas y escondrijos. A lo mejor, Pedro Cubillo descendía de alguno de esos endemoniados ladrones de río y llevaba en sus venas sangre malhechora. La cosa no se establecerá jamás, porque las familias montubias no suelen conservar sus genealogías.

Pero Cubillo siempre vivió en la población misma de Yaguachi, al amparo de la autoridad civil y la protección de San Jacinto, su vida tranquila, hecha a su manera amable, hasta que los pasos se le enredaron en el papeleo judicial como en una trampa, y todo se le vino cerro abajo.

Pedro Cubillo había encontrado un modo maravilloso de ganar dinero con poco trabajo y ningún peligro: buscar ganado.

Como suele ocurrir con los grandes inventos, la tecnica era sencilla como una suma de enteros, y la halló con la ayuda de la casualidad.

Claro de que había el antecedente de que era Cabillo el hombre más apropiado para crearse un sistema así de subsistir: con otro, la casualidad habría fracasado en su auxilio. La inteligencia de él jugó papel importante.

Cubillo era quién mejor conocía el cantón Yaguachi y sus aledaños. Nadie como él. De borde a borde lo había recorrido, ora a caballo, ora en canoa, ora a pie, sencillamente.

Porque Cubillo disfrutaba del placer de andar, sin rumbo ni propósito, a la buena de Dios, por los campos inmensos, bajo el libre cielo. Así, no había atajo o sendero que le fuera ignorado, ni tembladeras cuya hondura no hubiera sondeado, ni selva virgen cuyos vericuetos no le resultasen tan familiares como las calles del poblado.

--- ¿Por donde cae, Cubillo, un punto que llaman Cabeza de Gato? ¿Lo conoces vos?

--- Ajá. Queda lejísimo. En media montaña jáyara de Bulu-Bulu. Es un cerrito chico: una tola de los indios, creo. El cerrito tiene la forma de una cabeza de gato, vieran. Es raro, ¿no? Bueno, cuentan que ahí...

Porque la geografía de Cubillo era historiada y anecdótica. El sabía lo que en cada lugar había pasado, y, mejor aún, lo que no había pasado, pero se le atribuía. Sabía el sitio preciso donde el asesino tiró sobre su víctima, y dónde esta se vino al suelo; dónde estaban enterrados los tesoros; dónde ardían las llamas diabólicas; dónde se reunían las brujas; dónde se aparecía Satanas; dónde, en fin, se mostraban las "malas visiones" en sus mil formas horribles; desde en figura de un árbol que camina y mueve las ramas como brazos, hasta de furioso dragón de ojos llameantes. Todo lo sabía Pedro Cubillo, vaquero viejo.

Y la casualidad quiso que a este hombre se le presentara la más preciosa oportunidad.

A don Casimiro Segovia, rico propietario del cantón, se le robaron cien reses. Don Casimiro llamó a Cubillo.

--- ¿Quieres buscar las reses y, si es posible, los ladrones? Anoche no más fue el robo, y estarán frescas las huellas. Además, tú conoces de memoria esos andurriales, ¿no es eso? Te pagaré bien, por supuesto; la décima parte del ganado que recuperes será para ti. ¿Aceptas?

Pedro Cubillo no vaciló. Se le ofrecía graciosamente la coyuntura de ganar dinero, y no era cosa de desecharla. Más todavía cuando, hasta entonces, no habían ganado un solo centavo con su trabajo. Subsistía, y con él su mujer y sus hijos, a cargo del suegro, un pulpero español, bonachón y cordial, quién, para que su hija y sus nietos no perecieran de hambre, los alojaba en su casa, con Cubillo inclusive, y atendía a las necesidades de todos. Para sus gastos privados, Cubillos contaba con las entradas eventuales que le rendían las peleas de gallos, la pinta y el mahjong, en el cual descamisaba hábilmente a los propios chinos tenderos del pueblo. Pero eran escasas monedas, que se le iban sin remedio en alcohol, en cigarrillos y, más que nada, en agua de Florida: su perfume y su manía.

Ahora, no. Amenazaban ingresar a sus bolsillos escuálidos gordos fajos de billetes, con los cuales podía darse cuenta en Guayaquil mil y un placeres no saboreados jamás: lindas muchachas y bebidas gringas en los cabarets; complicados potajes en los restaurantes asiáticos; largos paseos en automóvil, por las avenidas anchas, bajo las noches cordiales, con compañías adorables... Además, también, podría comprarles ropa nueva a los hijos, que hasta de vieja andaban escasos... ¿Cómo iba, pues, Pedro Cubillo a dejar pasar esa ocasión, acaso única?

Alistó la partida: él y cuatro peones de don Casimiro, seleccionados entre los de más bragas, bien armados y bien montados; y se largó a potrero traviesa, en demanda de las selvas. Lo guiaba una intuición: los cuatreros habrían tumbado hacia Suscal para alcanzar la cordillera, trasponerla y feria las reses en los caseríos indios, donde no se hierra el ganado ni se exige al vendedor boleta de venta.

Y le salió bien el cálculo. A las cuarenta horas de viajar a rompecinchas, topó con los cuatreros. Eran de la sierra, por lo visto, y poco fogueados; pues, en disputándose los primeros tiros, corrieron de fuga, abandonando el botín.

Pedro Cubillo recogió el ganado. Lo contó. Faltaban dos cabezas que los cuatreros carnearían, sin duda, para el hambre de los vivaques. Pero el resto estaba ahí. ¡Noventa y ocho vacas! ¡Y la décima parte de eso era suya! ¡Suya, sin disputa!

Entró en la población, como los generales tras el triunfo. La vanidad y el orgullo amenazaban desmontarlo del caballo.

Desde aquel día Pedro Cubillo se convirtió en una persona considerada. Él mismo sintió que algo se le había cambiado alma adentró. Su profesión definitiva quedaba escogida: sería buscador de ganado y nada más que buscador de ganado.

¿Para qué otra cosa?

Cinco o seis empresas, semejantes a la primera, lo confirmaron en su vocación, y le saldaron larga punta de monedas.

Pero vinieron los malos tiempos.

Los malos tiempos para Cubillo eran aquellos que los propietarios rurales reputaban casi buenos; o sea, cuando se aumentó el número de piquetes de policía montada, se dictó la ley que mandaba a los abigeos a cumplir su condena en las Galápagos, y los cuatreros dejaron el campos libre a los gendarmes, únicos que en adelante podían robar ganado sin temores ni cortapisas.

El ejercito de la profesión de Cubillo decayó. Nadie lo llamaba a servir. Hasta sintió que se rebajaba socialmente en la estimación sus convecinos. Para sus gastos menudos, hubo de acudir otra vez a los gallos, a los dados y a las fichas. La carga de la familia volvió sobre los hombros del pulpero español.

Entonces fue cuando cuándo lo tentó el diablo, y se dejó arrastrar como una paja en la corriente.

Una noche entró en la finca de don Casimiro Segovia su cliente número uno, precisamente, arrastrándose por la yerba con sigilo de sierpe, y rompió la cerca del corral grande. Él sabía lo que hacía: por la salida practicada, el ganado escapó, y a favor de la noche se largó monte adentro.

Don Casimiro Segovia no dudó siquiera de que se trataba de un robo; y, en vez de avisar a la guardamería rural, solicitó la cooperación de Cubillo.

La maña surtió a maravilla.

Cubillo repitió el golpe, no con el viejo Segovia, sino con otros propietarios, pero con iguales resultados ventajosos.

Todo corría sobre ruedas. Parecía que para Cubillo habían retornado los dichosos tiempos. De nuevos el amable dinero con el que se pueden hacer tantas bonitas cosas venía a él sin regateos.

El hombre era feliz.

Pero el santo se le cansó a la larga y le volteó las espaldas. El vecindario empezó a murmurar. ¿Qué era eso tan raro, pues? ¿Era quizás, este Cubillo insignificante, un ser dotado de fuerzas extrañas? ¿Un brujo, acaso?

Los vaqueros de las haciendas próximas, cuando venían al pueblo los domingos, comentaban en las cantinas... ¿Cómo descubriría Cubillo las reses perdidas? Ellos, expertos en ciencias de las baqueanas viejas como él, no eran capaces de hacerlo. ¿Y como nunca daba con los ladrones? ¿Sería que, a condición de no revelarlos, estos le advertían el lugar donde...? ¿O estaría de acuerdo, no más, con los propios ladrones? ¿O sería que...?

Por ahí se desovillo el hilo.

Cierta tarde, cuando Cubillo regresaba de buscar, y encontrar, por supuesto, un ganado robado, la comisión de la rural lo detuvo:

--- ¡Venga, don Cubillo! El señor comisario necesita hablar con usted.

--- ¿Conmigo? ¿Y para qué, ah? ¿Para qué?

--- Quiere saber cómo es que usted adivina... ¡Ja, ja, ja!

Lo habían denunciado. ¡Como ladrón! ¡A él, al investigador!

El comisario le amarró el sumario y lo sentenció a un año de confinio en las Galápagos. Apeló; pero el juez letrado, en vez de revocarle el fallo, le aumentó la pena a dos años.

En breve, a bordo del velero, aparejado en bergantín, que conducía a los condenados, dejó Guayaquil con rumbo a la isla de San Cristóbal, en el archipiélago de las Galápagos.

La colonia penal de San Cristóbal tenía una existencia teórica. Es verdad, no había tal colonia.

Cuando la nave arribaba al puerto, se les decía a los penados:

--- Bueno, ¡A aligerar el barco que tenemos que cargar!

Ya en tierra cada penado era libre de hacer lo que le diera la gana, incluso morirse de hambre, si carecía de inventiva para procurarse el alimento pescando o cazando. Porque en ninguna de las casas del pueblo le brindarían un bocado de comer ni en ninguna de las dos o tres haciendas de la isla conseguiría trabajo.

Pedro Cubillo no se arredró. Con otro penado ---un indio miserable, que había robado un cerdo al patrón millonario---, se aventuró por la isla.

Cubillo gozaba con su viejo placer de vagar sin ruta ni propósito, y ahora, además, encantaba sus ojos experimentados, viendo el ganado salvaje que pastaba en el interior de San Cristóbal: toros gigantescos, gordas vacas, chumbotes retozones; todos sin dueños a quién volverlos. Ganado perdido para el hombre.

Cubillo se ponía nostalgico, triste, al contemplar el espectáculo del ganado. Se sentía casi capaz de filosofar.

Una vez hizo algo de eso. Mirando pasar una piara de cerdos bravíos que se cruzó por frente a ellos, le dijo al indio:

--- Fíjate, Piñas: por uno de esos te condenaron… ¡Y cuántos hay aquí!

El indio no respondió. Estaba atareado con su paludismo, que solo le dejaba tiempo para sacudirse.

--- Es una infamia que te hayan traído aquí, Piñas, ¿no?

Forjaba planes:

--- Viviremos juntos, Piñas. Lejos del pueblo. Haremos nuestra choza y viviremos juntos.

Pero el indio era ya cosa acabada. Su paludismo ---adquirido en la cárcel de Guayaquil, mientras esperaba que lo embarcaran--- lo iba a matar en breve, en esta tierra inhóspita.

Lo mató, en efecto. Se murió una noche en el fondo de una cueva donde se habían metido en busca de abrigo para dormir. Cubillo tapó con grandes piedras la entrada de la cueva. Y dejó ahí oculto para los siglos el cadáver de su compañero de las andanzas insulares.

Él siguió adelante. Hasta que esta solitaria bahía lo convidó a quedarse.

El carbonero en que entonces navegaba Alonso Martínez hubo de ponerse el pairo frente a la bahía de la Rosa Blanca, mientras arreglaba su velamen, deshecho en un temporal.

Con otro marinero, el dominicano saltó a tierra a recoger huevos de tortuga. Así conoció a Pedro Cubillo.

Al parecer la primera pregunta que este le hizo fue acerca de la fecha. Cuando Martínez se lo dijo, Cubillo exclamó:

--- ¡Ah! ¡Hacen diez años ya! ¡No los he sentido pasar!

Durante los tres días que Martínez y su compañero permanecieron en la isla, amistaron con el penado. Este les contó su historia. Los marineros le propusieron irse con ellos en el barco. Pero él se negó:

--- ¿Para qué? Todo habrá cambiado allá. ¿Para qué, pues?

Añadió:

--- Al fin y al cabo, aquí me distraigo.

Miró por los montes que se insinuaban en el horizontes hacia el interior. Pensarían tal vez en las innumeras manadas de reses bravías que pastaban en sus laderas. En los frescos paisajes. En los senderos abiertos al azar del paso. En los caminos que llevaban a todas partes y a ninguna, bajo el aire infinito. Acaso, en su peluda cabeza anidaban fantásticos proyectos.

--- No: no quiero irme. Estoy bien aquí.

Contradictoriamente, Alonso Martínez creía que Pedro Cubillo, exbuscador de ganado, no era feliz. A pesar de su soledad maravillosa… A pesar de que estaba ahí solo, como un dios…